

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Como parte de los dones recibidos en la última navidad-reyes, y como parte de mis estudios intensivos alrededor del fenómeno llamado "menopausia", recibí dos libros. Uno, "Ser mujer" ¹, me interesó porque tiene un enfoque tipo "New Age": la Nueva Conciencia Femenina que se está abriendo paso en esta nueva era; cosas sobre las diosas y los arquetipos, rituales, ecofeminismo, etc. Ese no lo he acabado de leer, me dio algo de flojera.

Pero el otro, cámara. Es lo que yo necesitaba. Se llama "Reinterpreting Menopause. Cultural and Philosophical Issues" ² y me ha

fascinado realmente. Está difícilísimo y peor, está en inglés. Y ahí me tienes tratando de desentrañar y traducir los sesudos planteamientos filosóficos -y las citas desde Merleau-Ponty y Nietzsche hasta Levinas y Foucault- sobre el cuerpo/sexo femenino, sobre una fenomenología de la menopausia, sobre el capitalismo avanzado y sus discursos de dominación masculina, sobre estrategias de lucha y resistencia feministas y otras peliagudísimas cuestiones.

Me ha encantado porque hace mucho que no leía algo tan radical. Y re-descubrí con gran alegría ese viejo tono feminista inteligente y burlón, encabronado, absolutamente crítico, agudo, demoledor. Con decirte que me cayó de un golpe. Llevaba yo como tres años enf...



R. TGP

Rini Templeton

de miedo, y con estos hilos negros, me siento otra.

Dos artículos me gustaron especialmente. Uno, de Mia Campioni, sobre la serie de símbolos y asociaciones inconscientes que tiene en nuestra cultura la mujer menopáusica. El otro, de M. M. Gulleto, sobre las estrategias de resistencia frente al "menoboom" (el bombardeo de rollos médicos alrededor de la mujer menopáusica).

En general, todas las autoras del libro tienen algo en común: cuestionan seriamente la "medicalización" de la menopausia. Cuentan cómo, de repente, sobre todo en Estados Unidos, a partir de 1983 surgió una andanada de artículos, libros, programas de TV, folletos, etc., con los "nuevos descubrimientos científicos" alrededor de la menopausia. Esto es el "menoboom". Es decir, el invento moderno de la menopausia definida como *carencia*.

Este invento consiste, ni más ni menos, en reemplazar la representación de la mujer madura como una figura fuerte, poderosa, relacionada con figuras como sibilas, sabias, curanderas, o bien brujas, viejas impertinentes, amargas, agudas, que dicen la verdad, por una nueva figura: una pobre mujer indispueta, *enferma*. Una mujer que "no está bien". Gracias al *menoboom* la mujer menopáusica se define como alguien que tiene un problema de salud, una pérdida, una carencia (de hormonas) y una serie de síntomas y secuelas posibles, todas aterradoras, para lo cual (bendita sea la ciencia) hay tratamiento: la terapia de reemplazo hormonal (TRH). Gracias a este remedio, se le promete una "curación" de sus espantosos síntomas y, en el fondo, una especie de promesa de "rejuvenecimiento".

Según la autora, la mujer menopáusica está doblemente *indispueta*. Primero, por ser mujer, de suyo "no está bien", comparada con el perfecto, saludable y paradigmático cuerpo masculino. Y segundo, "su cuerpo/presencia no representa ya la reconfortante continuidad de la sexualidad/maternidad". Por su doble carencia (carece de pene y ahora, además, carece de estrógenos) se le mira como "pobrecita ella". Ya no es una verdadera mujer. Y así, la menopáusica siente que se está convirtiendo en un quién sabe qué, asexual y horripilante, que está cayendo en un fatal e inmediato proceso de deterioro, y difícilmente puede descubrir a la menopausia como una etapa profundamente liberadora.

Por esa "carencia" que padecemos, tene-

mos la espantosa tendencia a todo tipo de conductas erráticas, desordenadas, molestas. Estamos en peligro de desquiciamiento. Nos invaden ciertos demonios. (Se parece a aquello del "síndrome premenstrual, pero es peor). Esta es otra serie de "carencias": la menopáusica carece de paciencia, de serenidad, de docilidad. Carece de conductas estables, mesuradas; carece de razón, y ha perdido su amabilidad con los hombres y con los jóvenes. Deja de ser el "ángel del hogar". Está, de hecho, rompiendo los límites de lo "femenino", del ser-para-los-otros.

Con esta reducción médica de la menopáusica como un puro desequilibrio total por carencia de hormonas, y con el remedio disponible, la TRH, se pretende, a nivel simbólico, que la mujer vuelva a ser "femenina". Que vuelva a ser "como antes". Se le pretende, ilusoriamente, "pacificar". Al mismo tiempo, se le está despojando de alguna manera de su historia, de su temporalidad, de su experiencia. De su aprendizaje corporal-personal sobre su proceso de vida.

Porque pudiera parecer que cualquier conducta "rara", rebelde, furiosa, inquieta, deprimida, no tendrá causas "reales", ni personales, ni culturales, ni históricas, ni políticas: se interpretará, por la mujer misma y por su entorno, como enfermedad, como desequilibrio hormonal. Como algo individual y personal. Y como necesidad urgente de tomar estrógenos.

Además, como toda esta propaganda se acompaña de palabras como "elección" y "libertad de", cualquier incomodidad, mal genio o bochornito te hará sentir culpable de "no estar bien". (Porque, para acabarla de amolar, se nos persigue con la idea de que es obligatorio estar joven, saludable, y con pensamientos positivos). "¡Tómate tus estrógenos! ¿No eres una mujer moderna y liberada? Si no estás bien, es porque no quieres".

En todo este *menoboom* hay muchas trampas. Se presenta como "información". Y ahí estamos nosotras, mujeres responsables, que queremos tener control sobre nuestras vidas, ávidas de saber, leyendo todo lo que ha aparecido. (Yo he sido una típica víctima). Pero la mayoría de esta "información" está sesgada. Primero, gran parte de estos discursos procede de los laboratorios farmacéuticos que fabrican los premarines y anexas. (No olvidemos que se trata de un mercado multimillonario. Es la segunda medicina más prescrita en Estados Unidos). Luego, se enciman ciertas estadísticas

y se enlistan y se asocian síntomas de una manera bastante sospechosa. (Uno lee: menopausia / resequedad total / alto riesgo de cardiopatías / osteoporosis / fracturas / invalidez). También es altamente sospechoso lo que se dice y lo que voluntariamente no se dice. Por ejemplo, no se explican lo suficiente los riesgos de la TRH (porque ni se conocen bien: todavía, en mucho, es algo "experimental", y nosotras somos los conejillos. Todavía hay muchas discusiones sobre los efectos de los estrógenos con o sin progesterona, y su relación con las cardiopatías y ciertos tipos de cáncer). O por ejemplo, no se dice que sólo unas cuantas mujeres, no todas, ni mucho menos, padecen osteoporosis, y que su origen puede deberse a la existencia de un gen; y que todos, hombres y mujeres, perdemos un poquito de masa ósea de aquí en adelante, y que las fracturas en edad avanzada son muchísimo menos frecuentes que en los chavos de 15 a 20 años. (Finalmente, si tenemos noventa y tres años y nos caemos y nos rompemos la cadera y nos morimos, pues bueno, ya estaría de Dios). Otro ejemplo: se habla de "atrofia vaginal" como si fuéramos a perder nuestra sexualidad completamente, y no es así. Una cierta resequedad vaginal se arregla con un poco de crema lubricante. No se habla, tampoco, de qué les pasa a los señores en esta edad. Así, pareciera fortalecerse la idea, otra vez, de que ellos están fundamentalmente bien y nosotras estamos fundamentalmente mal. A ellos no les pasa nada grave; no tienen alteraciones súbitas en sus hormonas, envejecen con dignidad. Nosotras, en cambio, pobres. Qué de horrores, peligros y sufrimientos.

Etcétera, etcétera. El caso es que este discurso tiene mucho de terrorista, es algo que nos asusta, nos llena de miedo, nos envejece prematuramente, nos vuelve pacientes del doctor a fuerzas, nos disminuye, nos controla. Nos angustia tanto que tal vez se multiplican y agudizan nuestros "síntomas". Hasta se podría hablar de una verdadera "enfermedad psicosomática", provocada no por la menopausia misma, sino por el rollo sobre la menopausia. Y ahí estamos, aterrorizadas, viéndonos en el espejo, pendientes de cualquier arruga, sudor o dolorcito, culpabilizadas, desgastándonos, en vez de olvidarnos un poco del asunto y vivir esta etapa -que viéndola bien, en la mayoría de los casos ni es tan terrible ni es para tanto- con más confianza, con trabajo, con capacidad de pensar en otras cosas, con toda nuestra rebeldía viva, sin distraernos de lo que realmente nos

importa. Las mujeres de mediana edad tenemos un enorme potencial político, subversivo. Y somos muchísimas.

Tenemos muchas ganancias, y no sólo pérdidas. Tenemos una nueva y creciente claridad de conciencia. Tenemos más libertad de pensamiento y de acción. Tenemos más tiempo. Tenemos menos culpas y menos vergüenza: ya no nos importa tanto ser lindas preciosas para que nos quieran; tenemos menos pelos en la lengua y tenemos mucho más agudeza, menos miedo al ridículo y más sentido del humor. Nuestra fertilidad ya no está en el útero, pero sigue estando en nuestra cabeza y en nuestro corazón.

Aunque estamos aprendiendo diariamente nuevas cosas, sabemos ya muchas *netas* de la vida. Sabemos ya muchas cosas verdaderas del amor, del matrimonio, de la maternidad, de los hombres, de las otras mujeres, de nosotras mismas. Sabemos con más claridad qué queremos y qué no queremos, en qué creemos y en qué ya no podemos creer.

Es necesario salir del terror. Una estrategia posible, propuesta por las autoras, es que no hablemos sólo de nuestras molestias o "síntomas". No estemos de quejumbres ni exagerando los malestares. Si preguntamos a nuestras madres o tías viejas, veremos sorprendidas que muchas de ellas dicen: "ya ni me acuerdo". No es el acontecimiento más importante de nuestras vidas. La menopausia no es la línea fatídica que divide el precioso "antes" del espantoso "después". Es sólo una pequeña parte de nuestra historia. Y como dicen las amigas de Sipam en Radio Educación, tenemos que dejar de ser pacientes. Para contrarrestar el discurso dominante, hablemos de lo otro también.

Hay que decir incansablemente que las mujeres de mediana edad, menopáusicas, perimenopáusicas o post-menopáusicas, no somos enfermas ni desquiciadas. Somos maduras, pero todavía no estamos decrepitas. Seguimos siendo mujeres. Tenemos voz, tenemos memoria, tenemos poder. Y cuidándonos racionalmente, y tal vez sin hormonas, primero Dios tenemos muchos años de vida fecunda por delante. *Jem*

1 Woodman, M., Shinoda, J., Eisler, R., et al., *Ser mujer*. Edición a cargo de Connie Zweig. Kairós, Biblioteca de la Nueva Conciencia, Barcelona, 1992.

2 Edited by P. Komesaroff, P. Rothfield and J. Daly. Routledge, New York & London, 1997.